

RAQUEL GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, JUAN MOLINA PORRAS, ÁNGELES QUESADA NOVÁS, MONSERRAT RIBAO PEREIRA y BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, *Literatura e imagen: la “Biblioteca Arte y Letras”*, Santander, Publican (Ediciones Universidad de Cantabria), 2012, 253 págs.

Hace apenas dos años salió de las prensas de la Universidad de Cantabria el volumen titulado *Literatura ilustrada decimonónica: 57 perspectivas*, que habían coordinado Raquel Gutiérrez y Borja Rodríguez con el propósito de ofrecer al lector una serie de trabajos cuyo lugar común radicaba en el estudio de las relaciones solidarias habidas entre los textos literarios y las imágenes que les sirvieron de guarnición en ediciones de distinta factura –más o menos lujosas, mejor o peor ilustradas, poco o mucho difundidas–, pero siempre realizadas con el propósito de que la ficción literaria y la imagen artística constituyan, al alimón, un todo artístico. Ahora, los responsables de aquel excelente proyecto, junto con Juan Molina, Ángeles Quesada y Monserrat Ribao, entregan un hermosísimo estudio sobre la *Biblioteca Arte y Letras*, en que se hace patente la extraordinaria significación que alcanza la ilustración en las colecciones aparecidas en el siglo XIX. La importante *Biblioteca Arte y Letras*, cuyo primer volumen salió a la calle en 1881, nació en una Barcelona ávida de novedades intelectuales y enriquecida por la efervescencia de una clase burguesa aplicada a los negocios y la industria. En ese contexto favorable cuajó una colección que se iba a caracterizar por la calidad de grabados e ilustraciones así como por la variedad de los títulos estampados. En efecto, los suscriptores tuvieron la suerte de disfrutar de obras tan dispares como una traducción a cargo de Roca de los cuentos de Andersen, ilustrados con lujo por Apeles Mestres, dramas de Schiller o Shakespeare, novelas contemporáneas de autores de la nombradía de Pereda o Clarín, obras de Horacio, y un largo etcétera. No es casual, pues, que se eligiera para la colección el marbete de *biblioteca* a tenor de la variedad e importancia de los títulos que ésta atesoraba. Borja Rodríguez, precisamente, abre el volumen con un trabajo sobre la historia de la *Biblioteca Arte y Letras*. Aparte de revisar concienzudamente la bibliografía sobre ésta, da cuenta de los principales hitos que jalonaron su existencia así como de los avatares en que se vio envuelta. El resto de capítulos está consagrado al estudio de obras aparecidas en la colección atendiendo siempre al maridaje conseguido

entre literatura e imagen. Así Juan Molina estudia el cuadro de costumbres a finales del siglo XIX a propósito de *Perfiles y colores* (1882), serie de dieciséis cuadros donde se presentan y corrigen hábitos y usos de la época narrados bajo el paraguas de la estética realista imperante entonces. Las ilustraciones de Ángel Lizcano, como demuestra Molina, contribuyen a trasladar a los lectores la crítica concebida por Martínez Pedrosa sobre ciertos comportamientos y tipos. El mismo estudioso se ocupa de la rara y poco conocida obra de Enrique Gaspar *El Anacronópete*, relato de ciencia ficción en que las ilustraciones tienen un papel fundamental como apoyo al texto, al que no traicionan salvo en lo tocante a la ironía y la caricatura que Gómez Soler no supo interpretar. Raquel Gutiérrez, por su parte, ha estudiado las ilustraciones que Apeles Mestres preparó para la publicación de la novela de Pereda *El sabor de la tierruca* (1882), bellissimo ejemplo de comunión entre las intenciones del escritor y el ejercicio del ilustrador. También la estudiosa se ha ocupado de otra novela que publicó la *Biblioteca* en 1883, esta vez se trataba de la obra del colombiano Jorge Isaacs *María*, que fue ilustrada por Alejandro de Riquer y contó asimismo con grabados al zinc de Thomas. En este caso, según demuestra la autora del trabajo, Riquer interpretó la novela romántica hispanoamericana atendiendo más al gusto que imperaba en el momento de ilustrarla que a las razones que concurrieron en la ideación de la obra. Así se explica que se minimice el idilio en las imágenes, frente a un texto en que despunta con mucho el sentimiento amoroso. De la misma autora es el trabajo sobre *Marta y María* de Palacio Valdés, ilustrada por José Luis Pellicer. Se da la feliz circunstancia de que el autor ideó la novela inspirado en un grabado que había contemplado en *La Ilustración Española y Americana*. Aparte del éxito comercial, pues se vendieron ejemplares como rosquillas, el trabajo de Pellicer satisfizo a Palacio Valdés al comprobar este que los dibujos se ceñían al relato que había inventado. Monserrat Ribao ha estudiado la edición de los sainetes de Ramón de la Cruz ilustrados por Llobera y Lizcano. Considera la autora que la revalorización del sainete a finales de siglo hizo posible que se despolvara la obra de don Ramón, pero, gracias a las viñetas, leída esta con los ojos del *fin du siècle*. La misma Ribao ha abordado la publicación de una *Miscelánea literaria* del prestigioso Núñez de Arce en la *Biblioteca* en 1886. Con acierto juzga la autora que la relativa independencia creativa de las ilustraciones respecto de los textos estimula al lector y enfatiza el diálogo entre lo pictórico y lo

literario. Ángeles Quesada ha analizado la edición de *La Regenta* ilustrada por Llimona y Gómez Soler. El caso de la mejor obra de Clarín es sintomático, dado que ésta, a diferencia de otros ejemplos que se abordan en el libro reseñado, se pergeñó con el propósito de ser ilustrada; es más, la redacción coincidió en parte con la preparación de los dibujos. De la misma estudiosa es el capítulo dedicado a *La dama joven* de Pardo Bazán, ilustrada por Obiols. Se percibe, en opinión de la autora, la subjetividad del ilustrador, quien se entregó de forma diferente según el interés que en él despertaron los distintos relatos del volumen, pero cuyos resultados desde luego no parece que entusiasmaran a doña Emilia, quien a partir de entonces ató mucho más corto a los ilustradores de otros relatos suyos. Al último título de *Arte y Letras* dedica Borja Rodríguez el capítulo que corona el libro. Se trata de la novela histórica *La leyenda del Rey Bermejo*, de Rodrigo Amador de los Ríos, con ilustraciones de Gil y Gabilondo, que se podía comprar en 1890. La casualidad quiso que, en su última entrega, la *Biblioteca* brindara a sus suscriptores un maravilloso dechado de compenetración artística entre novelista e ilustrador, hasta el punto de que el autor del capítulo habla de la existencia de “un autor literario y un autor gráfico”. En definitiva, los once trabajos que conforman la monografía que acabo de reseñar constituyen una aportación de singular valor, por cuanto, atendiendo a diferentes géneros y modas literarias, se ocupan del estudio de algunos de los frutos más preciosos que salieron de las prensas de la *Biblioteca Arte y Letras*. Lo dicho acerca de ellos es también historia y balance estético de la colección en su conjunto.

JOSÉ MARÍA FERRI COLL
Universidad de Alicante